

EL ALMA DE LA RÁBIDA

JACINTO CHOZA*

Conocí a don Vicente Rodríguez Casado durante el verano de 1962, en el XX Curso de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de la Rábida. Yo había terminado el primer curso de la licenciatura en Filosofía y Letras en el mes de junio, en la Universidad de Sevilla, y tenía una información vaga de lo que era una universidad de verano y de lo que se hacía en ella.

Recuerdo difusamente mi primer contacto con todo aquello. Un bullicio alegre que no intimidaba, un ambiente de informalidad, un paisaje muy abierto. Unas cuantas «personas mayores» que inicialmente no identifiqué como profesores, porque iban en mangas de camisa, o con sahariana, y por aquel entonces yo no podía concebir que un profesor no llevara chaqueta y corbata. Me pareció que eran muy acogedores, y para mí, alumno de primero de carrera, que hubiera allí profesores, que se pudiera hablar con ellos durante la comida, o tomando café, o paseando por el campo, era como si de pronto se me hubiese abierto la cueva de Alí Babá.

Don Vicente era «aquel señor gordo. El es el Rector». Me pareció poco respetuoso que alguien lo llamará así. Después de comer, durante el café, que se servía fuera del comedor, en las mesas de la terraza, me acerqué a él y a los que le rodeaban. Vi que echaba en el café una pequeña pastilla que supuse de sacarina.

—¿Es usted diabético?

—No. Lo que soy es gordo.

Y junto con sus palabras, fluían desde su cara, en oleadas incontenibles que llenaban de vida todo el espacio, sus carcajadas. Eran unas carcajadas que lo humanizaban todo a su alrededor con unos tonos difíciles de describir: los tonos de la humanidad de don Vicente.

* XX Curso de la Universidad de La Rábida (1962). Catedrático de Antropología Filosófica, Universidad de Sevilla.

Aquellas carcajadas nunca estaban de más, ni eran excesivas. Tampoco chocantes. Decían mucho. Porque implicaban que no había nada que temer, ni allí ni en general: no había nada que temer en el mundo. Pero eso no significaba que aquello que las había provocado fuese trivial, o fácil. Todo lo contrario. Significaba que aquello valía la pena vivirlo. Las carcajadas eran usualmente una valoración positiva.

Durante el café se hablaba de todo. De las noticias de prensa del día, de los seminarios que había habido esa mañana o la tarde anterior, y lo que habían dicho don Patricio, don Octavio o don Florentino. A veces, de la película que habíamos visto la noche anterior allí mismo en la terraza, y que Alberto Laverón había comentado. A veces, de la interpretación de la historia de España y de América que don Vicente proponía en las clases por la mañana.

Y en medio de todo eso, como aglutinante del café, las carcajadas, las cuestiones históricas y culturales, y de la atención de los presentes, las partidas de dominó. Algunas veces, por una conjunción de los astros, el evento de la máxima expectación: le iban a ahorcar el seis doble a don Vicente. Se lo habían ahorcado.

Era como si Júpiter tonante no tuviera espacio para soltar sus rayos, como si el aire se hiciese pared de dique fuerte frente a cada milímetro de piel, y sólo le quedasen los ojos y el entrecejo para manifestar la irritación. Ah!, también los resoplidos. Era un espectáculo grandioso ver perder a don Vicente. Él decía que no había nacido y no estaba hecho para perder, sino para ganar, y no se daba por vencido nunca. Ni siquiera cuando había perdido. Y el recordárselo era un flanco por el que resultaba fácil buscarle las cosquillas.

Aquel año perdió también su batel, el negro, en la tradicional regata desde Punta Umbría hasta La Rábida. Ganó el verde, que lo llamábamos «de Filosofía y Letras» por la composición de su equipo. Su timonel, Anthony Cosgrave, había estudiado en los entrenamientos cómo podía cerrarse o abrirse al máximo en cada curva para acortar el trayecto, y habíamos entrenado con la seriedad y constancia que los británicos suelen dar a sus rituales.

Recuerdo bien la cara de satisfacción de don Vicente el día del reparto de trofeos, al final del curso. Ya no se acordaba de que en la regata había perdido él: porque en realidad, la clausura de aquel XX Curso, como la de todos los demás, había sido una gran victoria suya. Llenó la copa plateada de coñac, mientras yo la sostenía por la peana de madera y un asa.

—Ahora tienes que beberla.

—¿Entera?

Hizo un gesto como de encogerse de hombros y como de perplejidad, y aplaudió con todos mientras me bebía la copa.

Impronta personal

Don Vicente se daba una vuelta por las habitaciones casi todas las mañanas, a partir de una determinada hora, levantando de la cama a la gente que todavía estaba dormida. También nos despertaba a carcajadas. Cuando dos cursos después fui a vivir a un colegio mayor, tuve un punto de referencia para encuadrar lo que era La Rábida, y cuando después de terminar la carrera conocí otras universidades del mundo anglosajón y de la Europa continental tuve un marco más completo, al que le puse fondo conforme iba adquiriendo más datos sobre historia de la educación y de las universidades. No vale la pena hacer comparaciones. Porque lo que hay que añadir a la conjunción de unas instituciones como son las universidades, los *colleges*, los colegios mayores y las universidades de verano, es la impronta personal que un hombre supo darle a esa síntesis que él había realizado. Esa impronta era su estilo de profesor universitario, de intelectual, de investigador de la historia, de hombre de empresa, de cristiano comprometido. Algo singularísimo que se percibía o que se respiraba en aquel punto de la costa de Huelva, alma de La Rábida, como esa alma que, según dicen los filósofos aristotélicos, es la forma del cuerpo físico organizado y está toda en cada una de sus partes. Y eso era una cosa que don Vicente sabía hacer muy bien: estar. Estar allí. Por eso lo recordamos en relación con los momentos más accidentales, de la convivencia diaria, empezando por el momento de levantarse por la mañana.

En algunas ocasiones, al ir del edificio de la Universidad al monasterio de La Rábida, donde solíamos oír misa, o al volver, nos ofrecía llevarnos en su coche a quienes primero nos encontraba. Era un Renault Dauphine blanco, de cuatro puertas y con el motor detrás. Don Vicente iba siempre al lado del conductor en el asiento de la derecha. Subirse o apearse era una operación delicada. Y ahí, a menudo, de nuevo su carcajada.

Cuando salíamos en autobús de excursión o de visita a lugares cercanos, como la casa de Juan Ramón Jiménez en Moguer, la gruta de las Maravillas en Aracena, una capea en una plaza de toros de un pueblo cercano o unas bodegas del Condado, solíamos ver el Dauphine aparcado cerca del autobús. Eso infundía seguridad. Y sobre todo, oír su vozarrón o divisar su silueta entre el conjunto de los visitantes. Porque el alcalde, o el director de

la entidad en cuestión, se dirigía a él con deferencia y respeto: era el Rector de la Universidad de la Rábida, y nosotros éramos sus estudiantes. Sí, era la seguridad y confianza que proporciona la figura paterna.

Pero en este caso la figura paterna no venía caracterizada por la determinación rigurosa de unos márgenes o de unos modelos, o al menos yo nunca lo experimenté así. Porque aquel ámbito presentaba todas las anchuras y amplitudes que mis ansias de saber, de aventuras y de galopes podían desear, y porque el conjunto de estudiantes que nos asomábamos a aquel ámbito para tomarlo como nuestro y explayarnos en él, era inusitadamente heterogéneo. No sólo en lo que se refiere a los distritos universitarios, sino también en lo que se refiere a nación, raza, religión y lengua. La figura paterna venía caracterizada más bien por un cauce ancho, sin orillas diría yo, que acertaba a enlazar la libertad y la universalidad mediante un vínculo que se podría llamar respeto, y que se podría describir como un afecto por todo lo valioso y propio de los demás, que, por eso mismo, dejaba de ser ajeno o extraño, y pasaba a quedar compartido.

Clima entrañable

Creo que eso era lo que confería a La Rábida su clima entrañable. Había el grado de informalidad y caos que hace que una familia sea grata, y había el grado de cooperación y de intercambio de valores que hace que una empresa sea productiva en alto grado.

No creo que esto sea una mitificación operada por la memoria a una distancia de 28 años, ni tampoco una idealización sentimental provocada por el hecho de saber que don Vicente ha muerto. Porque yo dejé de verle al terminar el XX Curso de la Universidad de La Rábida, y volví a tratarle con asiduidad en la década de los 80, en los cursos organizados por la Asociación de La Rábida. En este segundo periodo de trato, yo ya estaba más hecho, ya tenía un buen número de puntos de discrepancia con él, y ya notaba que él había cambiado también algo durante esos años, que asimismo la realidad social y cultural de la España de los 80 era diferente, y que el ajuste o la concordancia entre don Vicente y el medio sociocultural era muy otro al comienzo de los 60.

Pues bien, yo he tenido como un punto de referencia para mis aspiraciones intelectuales y morales, para mi actividad profesional en el medio universitario, en mi relación con colegas y alumnos, con instituciones y empresas culturales de diversa índole, durante estos 28 años, esos valores de la universalidad, la libertad, el respeto y la magnanimidad, tal como los

vi y los viví en la Universidad de La Rábida en ese verano de 1962, y aún lo sigo teniendo. Esos valores que se aprenden cuando se ven encarnados en alguien, y que estaban bien encarnados por don Vicente y muchos de sus amigos.

Dar fruto

No considero que sea una exageración decir que la Universidad es una institución que frecuentemente marca la vida de quienes pasan a su través. Pues bien, en mi caso concreto, la Universidad de La Rábida ha marcado la mía en el más positivo de todos los sentidos: en el de mostrarme que los ideales con que me estrené en la vida universitaria no eran una quimera, y que el esfuerzo por realizarlos no era una quijotada, porque yo allí los vi realizados, y vi también ideales más altos y modos más diversos de realizarlos.

Posteriormente, en el trabajo de la investigación y la docencia universitaria, uno tiene la oportunidad de enseñar, de abrir ventanales y portales, de sugerir y de alentar formas y estilos de realización personal y de realización de valores, y uno aprovecha esas oportunidades con más o menos acierto, ejerce un influjo más o menos amplio.

No sé cuánto ha sido el influjo social y cultural ejercido por quienes hemos sido alumnos de La Rábida durante los 30 años largos que don Vicente estuvo al frente de ella, y, en particular, no sé cuál ha sido el mío. Sí sé que la mayor parte de los valores que he querido realizar y transmitir, en mi tarea universitaria, y en otros aspectos de mi vida, y del modo y estilo de realizarlos y transmitirlos, provienen de aquel verano de 1962, y que en lo que sigo haciendo, aquello todavía está presente y vivo.

Creo que este momento posterior a la muerte de don Vicente es el más oportuno para decirlo. En el libro del Apocalipsis se asigna eterna bienaventuranza a aquellos que trabajaron con un particular celo y aliento, y se celebra que se encuentren ya descansando de sus trabajos «opera enim illorum sequuntur illos», pues a cada uno le seguirán sus obras. En este caso, una parte de sus obras somos unos cuantos de nosotros y de lo que hacemos, y por eso la vida de don Vicente todavía no ha terminado. Han terminado sus esfuerzos y su cansancio, las consecuencias de su actividad que para él eran molestas. La otra dimensión de su actividad, el dar fruto, no ha terminado. Seguramente cuando se conmemora la vida de un hombre y se rinde homenaje a lo que fue, a su pasado, es porque todavía tiene mucho futuro, y, desde luego, porque tiene mucho presente.